

se despertó. Miró en derredor suyo, sin casi acordarse de sus penas. A corta distancia, oyó un ligero ruido que le hizo volver la cabeza. Divisó á Castor y á la señorita de Vercelles que venían hacia ella por la empalizada; estaban solos, y no podían verla, oculta como estaba en un espeso soto. En medio de la alameda se detuvo la señorita de Vercelles y sentóse en un banco; Castor permaneció un rato de pie ante ella, mirándola tiernamente; luego, dobló la rodilla, rodeó con los brazos á la joven y le dió un beso. Ante tal espectáculo, Margot se levantó fuera de sí: le invadió un dolor inexplicable y huyó corriendo por el campo, sin saber á dónde iba.



CAPÍTULO VIII

DESDE el fracaso de Perico en su proyectada empresa de ser admitido al servicio de Castor, estaba cada día más triste el guardador de pavos. Los consuelos que le dió Margot le satisficieron un momento; pero su satisfacción duró lo que las provisiones que se había llevado en los bolsillos. Cuanto más pensaba en su cara Margot, tanto más se convencía de no poder vivir lejos de ella, y, en verdad, su vida en el cortijo no era á propósito para distraerle, como tampoco la compañía en que pasaba el tiempo. En esto, el mismo día de la desaparición de nuestra heroína, caminaba pensativo Perico á lo largo de la ribera, azuzando ante sí los pavos, cuando, á unos cien pasos de distancia, vió á una mujer que corría, casi

perdiendo el aliento, y la cual, después de errar por uno y otro lado, desapareció de pronto por entre los entre los sauces que orillaban el río. Esto sorprendió é inquietó á Perico, que echó á correr á su vez para intentar alcanzarla, pero, al llegar al sitio en que aquélla había desaparecido, la buscó en vano por los campos circundantes. Supuso que habría entrado en un molino próximo; no obstante, siguió la corriente del agua con un presentimiento de mal augurio. Aquel día el Eura había crecido por lluvias copiosas, y Perico, que no estaba alegre, vió las olas más siniestras que de costumbre. Pronto le pareció distinguir algo blanco que se agitaba en las cañas; acercóse y, colocándose boca abajo contra el ribazo, atrajo á sí un cadáver, que era el de la misma Margot. La desgraciada niña no daba señal alguna de vida; estaba sin movimiento, fría como el mármol y con los ojos abiertos é inmóviles.

Al ver esto, prorrumpió Perico en gritos que hicieron salir del molino á todos los que en él estaban. Fué un dolor tan intenso, que, al principio, pensó arrojarle á su vez al agua y morir al lado del único ser á quien amó. Pero recordó haber oído que los ahogados pueden volver á la vida, si son auxiliados á tiempo. Cierto es que los aldeanos

afirmaron que Margot estaba bien muerta; pero él no quiso creerles ni dejarles depositar el cuerpo en el molino; sino que lo cargó sobre sus hombros y, andando cuan de prisa pudo, lo trasladó á la casucha en que él vivía. Quiso el cielo que encontrase en el camino al médico del pueblo, que salía á caballo para hacer visitas en las cercanías; lo detuvo y le obligó á entrar en su casa, para que examinase si quedaba alguna esperanza.

El médico opinó lo mismo que los aldeanos; apenas hubo visto el cadáver, exclamó:

—Está bien muerta y no falta más que enterrarla; á juzgar por el estado del cuerpo, debe de haber permanecido más de un cuarto de hora en el agua.

Dicho esto, el doctor salió de la cabaña y se dispuso á montar á caballo, añadiendo que había que ir á la alcaldía á hacer la declaración que marca la ley.

Además de amar apasionadamente á Margot, Perico era en exceso obstinado; sabía muy bien que ésta no estuvo un cuarto de hora en el río, pues él mismo la vió arrojarle. Corrió junto al médico y en nombre del cielo le suplicó que no se marchase sin asegurarse de que sus auxilios eran inútiles.

—¿Y qué auxilios quieres que le pres-
te?—exclamó con mal humor, el médico.

No tengo ni uno solo de los instrumentos que me serían indispensables.

—Yo iré á su casa á buscarlos—replicó Perico;—dígame lo que necesita y espéreme, que pronto volveré.

El médico que tenía prisa de marcharse, se mordió los labios por la tontería que acababa de cometer al hablar de instrumentos. Aunque convencido de la muerte real, no podía negarse á intentar algo, so pena de desprestigiarse en el pueblo y comprometer su fama.

—Vé, pues, y apresúrate—dijo á Perico;—coge una caja de hoja de lata que te dará mi ama de llaves, y aquí te aguardo. Entretanto, voy á envolver el cuerpo en estas mantas y á darle algunas friegas. Al mismo tiempo, procura hallar cenizas que podamos calentar; aunque todo eso no servirá más que para hacerme perder el tiempo—añadió golpeando el suelo con el pié.—¡Anda! ¿Entiendes lo que te digo?

—Sí, señor—contestó Perico,—y para ir más pronto, tomaré su caballo, si usted quiere.

Y sin esperar el permiso del doctor, montó á caballo y desapareció. Un cuarto de hora después, volvió á galope, con dos grandes sacos de ceniza, uno delante de él y el otro á la grupa.

—Ya ve el señor que no he perdido

el tiempo—dijo enseñando el caballo que no podía más;—no me he entretenido en hablar, no he dicho una palabra á nadie; su ama de llaves había salido, y yo solo lo he arreglado todo.

—¡Que el demonio te lleve!—pensó el médico.—¡En buen estado queda para todo el día mi caballo!—y refunfuñando empezó á soplar con una vejiga en la boca de la pobre Margot, mientras Perico daba á la niña friegas en los brazos. Se hizo fuego; cuando se calentó la ceniza, esparcióronla por la cama, de modo que el cuerpo quedó completamente sepultado. Entonces, el médico vertió algunas gotas de licor por los labios de Margot, luego movió la cabeza y miró el reloj:—Lo siento mucho, dijo en tono de convicción; pero los muertos no deben perjudicar á los enfermos; me aguardan muy lejos y me voy.

—Si el señor quisiera quedarse media hora más, le daría un escudo.

—No, muchacho; es imposible, y no quiero tu dinero.

—Tenga el escudo—repuso Perico, poniéndole en la mano del médico, sin parecer escucharlo.

Era toda la fortuna del pobre chico; acababa de sacar del jergón de su cama todos sus ahorros, y el doctor los cogió desde luego.

—Bueno—dijo éste;—media hora más;

pero luego me voy irremisiblemente, porque, como ves, todo es inútil,

A la media bora, Margot continuaba rígida y helada, sin dar la menor señal de conocimiento. El médico le tomó el pulso; después, decidido á concluir, cogió el bastón y el sombrero y se encaminó á su caballo. Viendo Perico que no tenía más dinero y que de nada servirían todos sus ruegos, siguió al médico fuera de la cabaña y se plantó delante del caballo, con la misma tranquilidad que el día en que detuvo á Castor en la alameda.

—¡Cómo!—exclamó el doctor.—¿Quieres hacerme dormir aquí?

—No, señor—repuso Perico;—pero tiene que quedarse otra media hora; así descansará su jaca.

Al decir esto, tenía un palo en la mano y miraba de reojo, de tan extraña manera, que el médico entró por tercera vez en la choza; pero ahora no se contuvo.

—¡Maldito sea el testarudo!—exclamó.

—¡Este bribón me va á hacer perder un luis, con sus seis francos!

—¡Pero, señor—replicó Perico,—si dicen que reviven á las seis horas!

—¡Nunca! ¿De dónde has sacado eso? ¡No me faltaría más que pasarme seis horas en tu cuchitril!

—¡Y los pasará!—prosiguió diciendo

Perico;—ó me deja la caja, los tubos y todo, salvo su permiso, y, así que yo le haya visto trabajar un par de horas más, quizás sepa emplearlos bien.

Por más que se enfureció el médico, había que ceder, de grado ó por fuerza, y quedarse todavía dos horas enteras. Expirado este plazo, Perico, que empezaba á desesperar también, dejó salir á su prisionero. Entonces se quedó solo á la cabecera del lecho, inmóvil, tristemente abatido; así pasó el resto del día, sin moverse, con la mirada fija en Margot. Al llegar la noche, se levantó y pensó que ya era hora de avisar al pobre Piédeleu la muerte de su hija. Salió de la cabaña y cerró la puerta; al cerrarla, creyó oír una débil voz que le llamaba; se estremeció y corrió al lecho; pero nada se movía; figuróse haberse equivocado. Sin embargo, este momento de esperanza fué lo bastante para que no pudiera decidirse á dejar su puesto.

—Lo mismo iré mañana,—dijo para sí y volvió á sentarse á la cabecera de la cama.

Mirando atentamente á Margot, creyó notar de pronto una transformación en su rostro. Le parecía que, cuando quiso separarse de ella, tenía ésta apretados los dientes, y que al volver, estaban entreabiertos; apoderóse en el acto del

instrumento del doctor y quiso soplar como él en la boca de Margot; pero no sabía como arreglarse; el tubo no se adaptaba bien á la vejiga. Perico se rendía á fuerza de soplar, y se perdía el aire; vertió algunas gotas de amoníaco por los labios de la enferma; pero no pudieron penetrarle en la garganta; recurrió de nuevo al tubo: nada daba buen resultado.

—¡Qué máquinas tan tontas!—exclamó al fin, cuando ya no podía respirar. —Todo es nada y no hace nada útil.

Tiró el instrumento, se inclinó sobre Margot, aplicó los labios á los de ella y, con desesperado ímpetu, soplando con toda la fuerza de sus vigorosos pulmones, introdujó el aire vital en el pecho de la joven; en el mismo momento removiósese la ceniza, dos brazos moribundos se agitaron, luego se echaron al cuello de Perico. Margot dejó escapar un profundo suspiro y exclamó:

—¡Me hielo, me hielo!

—No te hielas—respondió Perico,—estás entre cenizas calientes.

—Es verdad; ¿por qué me han puesto aquí?

—Por nada, Margot, por hacerte bien. ¿Cómo estás ahora?

—Bien, pero algo cansada; ayúdame á levantarme.

El bueno de Piédeleu y la señora de

Doradour, avisados por el médico, entraron en la choza en el momento en que la ahogada, medio desnuda, echada negligentemente en brazos de Perico, tomaba una cucharada de agua de cerezas.

—¡Diantre! ¿Qué diablos me decís?—exclamó el cortijero. ¡Eso no se hace, el venir diciendo á uno que se le ha muerto la hija! ¡Que no se os ocurra otra vez, pues no quedaría así la cosa! ¡Por vida del...

Y se echó al cuello de Margot.

—Cuidado, padre—dijo ésta sonriéndose—no me apriete demasiado, pues no hace mucho que he dejado de estar muerta.

Inútil es describir la sorpresa y la alegría de la señora de Doradour y de todos los parientes de Margot, que fueron llegando unos tras otros. También acudieron Castor y la señorita de Verceilles, y como la señora de Doradour hablase aparte al pobre padre, éste empezó á comprender lo que sucedía. Las conjeturas, si bien algo tardías, lo explicaron todo claramente. Al enterarse el cortijero de que el amor era la causa de la desesperación de su hija y de que estuvo ésta á punto de pagar con la vida su estancia en casa de la madrina, paseóse un rato por la cabaña y, al fin, dijo súbitamente á la señora de Doradour:

—Estamos en paz. Yo debía á usted mucho y mucho le he pagado.

Cogió entonces á su hija de la mano y la llevó á un rincón de la choza.

—Ten, desdichada—le dijo, enseñándole un lienzo preparado para servirla de mortaja,—ten esto, y si eres buena muchacha guárdalo para mí y no vuelvas á pensar en ahogarte.

Luego se llegó á Perico y dándole un golpecito en el hombro, le dijo:

—¡Hable usted, caballerito que tan bien sopla en la boca de las mozas! ¿No hay que devolverte el escudo que has dado al médico?

—Si usted quiere, señor, acepto gustoso que me devuelvan mi escudo; pero no deseo nada más, ¿oye usted? no por orgullo; pero por más que uno no sea nada en este mundo...

—¡Quita allá, tontuelo!—replicó el cortijero dándole otra palmadita.—Vete á cuidar un poco á tu enferma... Este mocito le ha soplado en la boca; pero ni siquiera la ha besado.



CAPITULO IX

DIEZ años habían transcurrido. Los victoriosos desastres de 1814 llenaban á Francia de soldados. En vuelto por Europa entera, el Emperador concluía como había empezado, y en vano volvía á hallar, al fin de su carrera, las inspiraciones de las campañas de Italia. Las divisiones rusas, en marcha hacia París por las orillas del Sena, acababan de ser dispersadas en la batalla de Nangis, en la que sucumbieron diez mil extranjeros. Un oficial, herido gravemente, dejó el cuerpo de ejército mandado por el general y se encaminaba, por Etampes, á la carretera de Beauce. Apenas podía sostenerse á caballo; abrumado por la fatiga llamó una tarde á la puerta de una alquería de buen aspecto y pidió posada

para la noche. Después de darle buena cena, el cortijero, que no tendría arriba de veinticinco años, condujo á su presencia á su mujer, joven y bella aldeana de su misma edad, poco más ó menos, y ya madre de cinco niños. Al verla entrar, no pudo el oficial contener un grito de sorpresa, y la linda cortijera le saludó con una sonrisa.

—¿Si me equivocaré?—dijo el forastero.—¿No ha sido usted señorita de compañía en casa de la señora de Doradour, y no se llama Margarita?

—Para servirle—contestó la cortijera,—y, si no me engaña la memoria, tengo el honor de estar hablando con el coronel conde Castor de Honville. Este es Pedro Blanchard, mi marido, á quien debo el estar todavía en este mundo: bese á mis hijos, señor conde: todo cuanto queda de una familia que durante mucho tiempo sirvió fielmente á la suya.

—¿Es posible?—interrogó el oficial.—¿Qué ha sido de sus hermanos?

—Quedaron en Champaubert y Montmirail—contestó con voz conmovida la cortijera,—y ya llevaba papá seis años esperándoles.

—También yo he perdido á mi madre—dijo el militar,—y por esa sola muerte perdí tanto como usted.

Al decir estas palabras se enjugó una lágrima.

—¡Eal Perico—añadió alegremente, dirigiéndose al marido y tendiéndole el vaso.—¡Bebamos á la memoria de los muertos, amigo, y por la salud de tus hijos! Hay en la vida momentos muy amargos; todo consiste en saberlos pasar.

Al día siguiente, al dejar la alquería, el oficial dió las gracias á sus huéspedes y, en el momento de montar á caballo, no pudo menos de decir á la cortijera:

—¿Y sus amores de otro tiempo? ¿Los recuerda usted, Margot?

—La verdad, señor conde, se quedaron en el río.

—Y, con perdón de usted, señor—añadió Perico,—no iré á pescarlos otra vez allí.

FIN DE MARGOT